

Sentado en un taburete de madera, esbelto y con cierto aire artesonado, se vislumbraba a sí mismo Pedro de la Cruz. Era una estancia de amplios ventanales a través de los cuales se filtraba una agradable brisa que embriagaba de frescor al joven. Un caballete y un lienzo aparecían seguros e inmóviles bajo sus órdenes. Una paleta de bordes desgastados mostraba en todo su esplendor los colores cian, carmín y diferentes tonalidades de verde. Y en su mano diestra un pincel, que al ritmo de un curioso tarareo bailaba y trazaba pequeños esbozos de lo que parecía un precioso paisaje.

– ¡Pedro! ¡Despierta hijo que ya han dado las seis! – entonaba Francisco al tiempo que se acercaba al lecho de su hijo y le zarandeaba suavemente un hombro.

– Buenos días padre. Perdone... Pero no he oído ni cantar al gallo. Anoche no lograba quedar dormido y tengo la cabeza en otro sitio. – logró responder el chico.

– ¡Venga vamos! Tienes que comer algo. El mercado nos espera.

Francisco de la Cruz era un hombre muy querido en la Ciudad de Bujalance. Poseía un pequeño molino que tenía la entrada por la calle Tinajeros. En él, durante la temporada de aceituna, se dedicaba a recibir y tratar el fruto hasta obtener el mejor de los aceites, que durante el resto del año, vendía en el mercado del pueblo y de los alrededores.

Viudo y huérfano desde hacía un lustro, padre e hijo convivían en una pequeña vivienda anexa al molino. Carmen, la madre, cayó enferma en el duro invierno de 1875 contrayendo una gripe que la dejó postrada en cama varias semanas y finalmente terminó arrebatándole la vida. Desde aquel duro golpe, ambos se habían unido mucho y juntos transitaban entre los quehaceres y trasiegos de los días de trabajo.

Ya en la cocina, Pedro apuraba un cuenco de leche y las últimas migas de un cantero de pan rezumado de aceite de un verde sin igual.

A las siete en punto, todos los comerciantes y artesanos de la ciudad comenzaban a montar sus tenderetes en torno a la plaza principal del lugar, más conocida por todos como la *Plaza de los naranjos*, en gala a dos filas de dichos árboles que de norte a sur comunicaban el Consistorio Mayor y el Gran Café.

Terminando de cargar el carro con las telas y las guías de madera que ayudaban a dar sustento al puesto, comenzaron a colocar tinajas de diversos tamaños y algunas cántaras de aceite en la parte más segura. Siempre colocaban el aceite en último lugar para que

se viera protegido por la robustez de los trozos de madera y al mismo tiempo por la amortiguación de los grandes pedazos de tela que recientemente habían adquirido en el puesto de José *el de las telas*.

Engancharon a Careto, un mulo viejo que llevaba con Francisco media vida y se dirigieron hacia el centro de la Ciudad. A su paso, Bujalance amanecía y las primeras vecinas sacudían las ropas por las ventanas mientras que los hombres, ataviados con ropa fresca y su zurrón, marchaban a trabajar a los campos. Pasando por la casa de los Fernández de Molina la vio.

– Buenos días Lola. – musitó Pedro con voz casi inapreciable. La muchacha, roja y cabizbaja respondió al saludo alzando una tímida mano y se dio la vuelta en busca de una excusa con la que evadir la mirada del chico.

Lola Fernández de Molina era una muchacha poco más joven que Pedro. Ambos se conocían desde hacía varios años. Desde chiquillos. Cuando en torno a la torre de San Francisco habían compartido juegos y travesuras que siempre acababan con algún sermón por parte de Don Joaquín, el cura de la iglesia. Lola, habiendo dejado atrás su edad de niña, se había convertido en una joven apuesta, guapa y resultona. Además siempre había sido muy inteligente. Ahora se preparaba en un hospital de monjas en Córdoba para ser enfermera porque sus padres así lo habían decidido. Pedro y Lola compartieron esos primeros años de vida como inocentes niños, siendo prácticamente invisibles el uno para el otro, formando parte de un grupo bastante numeroso compuesto por una cincuentena de chiquillos más. Pero fue en un momento preciso, ya más entrados en años, cuando sus miradas comenzaron a cruzarse más de lo habitual y surgió entre ellos una complicidad notable. A él le gustaba de ella su carácter especial y su inteligencia. La chica le había ayudado mucho a superar el mal trance de la muerte de su madre. A ella le atraía su maña, su bondad y su espíritu noble. Pasaron un par de años y fueron conscientes ambos del sentimiento que de manera mutua empezaba a aflorarles. Y entonces Lola decidió hablar con él. Ella, tan decidida y precisa como siempre apuntó a pedirle que se alejara. Alegó que aquello que surgía entre ambos disgustaría en profundidad a sus padres y que ella en ese momento no estaba preparada para perder el tiempo con esos menesteres. Las palabras pronunciadas y la claridad en la exposición de las mismas hirieron a Pedro de gravedad, dejándolo mudo e inmerso en una resignación importante. Desde entonces, se acabaron las miradas, las

conversaciones de varias horas seguidas y las visiones del futuro, en las que tantas veces se habían encontrado. En aquel entonces, para ambos era desconocido el poder y el arraigo de aquellos sentimientos que ya habían nacido de manera irremediable en sus corazones. Ahora se limitaban a saludarse desde una distancia prudencial, y poco más.

Llegaron a la *Plaza de los naranjos* y fueron saludando a todos los demás que como ellos, se disponían a montar sus puestos esperando tener un buen día de venta. Allí estaban *los López* que eran panaderos, *José el de las telas*, *Paco Pepe* el frutero y *Manolo el de la calle El Candil* que era espartero, entre otros. Llegaron a su sitio, justo entre en el tercer y el cuarto naranjo de la fila de la derecha y empezando por arriba. Descargaron con avidez el producto y comenzaron a engarzar unas piezas con otras como si de eslabones de una cadena se tratase. Todo encajaba a la perfección. El resultado era un puesto de aceites bastante atractivo. En una tablilla de madera, Pedro escribía con una tiza el precio de la arroba de aceite. Los clientes, más bien mujeres siempre, intentaban rebajar el coste del mismo trapicheando con los tenderos entre bromas y picaresca. Eran esos tiempos. Portaban ellas mismas unas latas pequeñas, en las que Francisco vertía la cantidad acordada. Entre el vaivén de la clientela, Pedro siempre se entretenía dibujando en papel de traza pequeños esbozos a carboncillo que regalaba en la mayoría de las ocasiones a observadores que se interesaban por ellos. En una carpeta de tela que su padre le había regalado en las navidades anteriores, y en la que rezaban sus iniciales bordadas, guardaba con afán todos los paisajes, retratos, bodegones y rincones especiales que disfrutaba plasmando en aquel papel de mala calidad y cuyo trazo veía interrumpido a cada instante por el acercamiento de posibles compradores. Hasta el mediodía se alargaban las ventas. Después se empezaba a recoger todo, se hacía balance y se volvía a casa.

Y así transcurrían los días y los meses. De cosecha en cosecha. De pueblo en pueblo. De feria en feria y de año en año. Pasaba la vida.

Era una mañana fresca de mayo, en la que Pedro y su padre desde bien temprano dispusieron el comienzo de los quehaceres rutinarios y la venta de su aceite. Se hablaba desde hacía días, en corrillos callejeros, en el Gran Café y en la barra de la peña flamenca que lindaba con la *Plaza de los naranjos* de una visita próxima. El tema de conversación era la visita de un hombre de confianza del joven rey Alfonso XII a la Ciudad en busca de reunión con uno de los *Espinosa de los Monteros* por diversos

temas que tratar. Aquello suponía un entretenimiento y un curioso importante para los habitantes del lugar, acostumbrados al discurrir tranquilo de los días sin más novedad que algún que otro chisme de alcoba. En aquella mañana corriente era difícil imaginar, lo que a partir de entonces, cambiaría la vida de Pedro.

El visitante resultó ser Don José González Echevarría, un político español cercano al rey. O al menos, así se presentó él mismo. El interés de la visita radicó según sonaron los rumores sobre una propiedad olivarera que los *Espinosa de los Monteros* habían puesto en venta, de gran extensión y que interesaba en gran medida al susodicho.

Finalizado el encuentro, a cosa del mediodía, D. Diego Espinosa de los Monteros, titular y usufructuario de varias propiedades olivareras, se dirigió hacia el mercado de la Ciudad, acompañado del Sr. González Echevarría, que durante dos días se había convertido en su anfitrión. Acudieron con los mismos, el mozo de confianza de D. Diego así como dos secretarios que el hombre de estado traía consigo.

Fueron atravesando los corrillos y miradas indiscretas de todos los que encontraron a su paso hasta que al fin dieron con su destino: el puesto de aceite *de los de la Cruz*. Pedro y su padre, al igual que toda la Ciudad, sabían quién era el hombre que a modo de sorpresa se había plantado ante su negocio. Sin saber bien como actuar, fue D. Diego quien tomó la iniciativa y presentó a D. José a los molineros:

– Francisco, te presento a D. José González, político y amigo íntimo de Nuestra Majestad el Rey Alfonso XII. Y ahora también amigo mío. Hemos tenido a bien acercarnos por aquí ya que le he vendido la propiedad de olivos de *El Deán*. Y como tú eres uno de los molineros a quien llevo aceituna, he tenido la idea de que D. José podría comprobar directamente la calidad del producto que acaba de adquirir con nuestro trato.

– dijo en tono interesante D. Diego.

– Es para mí un honor tener una visita tan importante. Encantado de conocerle D. José.  
–dijo estrechándole la mano y no sabiendo bien cómo actuar. –Puede usted probar todo el aceite que quiera y llevarse la cántara que más le guste como regalo. –atinó a decir Francisco, que se encontraba muy nervioso.

– No te preocupes buen hombre. El placer es mío. Sólo quiero probar este aceite que tan buena pinta tiene. Me gustaría que me vendiese algunas arrobas que quiero regalar en mi viaje de vuelta. –repuso González Echevarría.

– En eso no tendrá usted problema. Pero tendría que acercarse por nuestro molino porque aquí no tenemos género como para ese pedido. D. Diego puede darle las señas. – se atrevió a intervenir Pedro.

Esos pocos instantes de conversación habían bastado para formar cierta algarabía alrededor de la escena que se vio alterada por la llegada apresurada de *la Manuela*, la mujer del López el panadero.

– Tenga usted el mejor chusco que hemos horneado hoy. Para probar el aceite que estos hombres venden es lo que mejor viene –apuntó a decir de manera muy fina. Le dispuso una tabla de madera de olivo que había logrado enganchar del puesto de *Donato el carpintero* al tiempo que corría hacia los hombres con miedo porque finalizase el encuentro sin haberse hecho presente.

Ante el teatrillo improvisado, todos los presentes supieron el porqué de aquella intervención de *la Manuela*. Precisamente los López eran conocidos por no ser sueltos de bolsillo o lo que es lo mismo, que eran tacaños de los de puño cerrado. Y ellos pensarían que si los vecinos del aceite hacían esa buena venta ¿Por qué no podrían aventurarse a intentar hacerla ellos?

Se fijó entonces D. José en algunos de los bodegones a carboncillo que Pedro tenía por allí esturreados y le llamaron la atención. Dirigiéndose al muchacho, pues tenía la intuición de que no podían pertenecer nada más que a él, entabló conversación de nuevo:

– ¿Esos dibujos son tuyos muchacho? – dijo D. José.

– Sí señor. –repuso Pedro un poco asustado.

– ¡Pues vaya manos! ¿No tienes más? –continuó interesándose el visitante.

– En mi casa tengo muchos, cuando usted vaya por el aceite puedo mostrárselos. – resolvió el chico.

– De acuerdo. –dijo zanjando el tema.

Francisco de la Cruz acostumbraba a tomarse un medio de vino en una peña flamenca sita en una de las esquinas de la plaza central mientras su hijo acababa de cargar el carro y ajustar a Careto la *entremanta* y el horcate para que tirase de la carga dirección al molino. Aquel día, debido a la visita especial de aquel hombre que nadie sabía muy bien

quién era, actuaba *Diego el Marruro*, un cantaor flamenco jerezano. Estaba Francisco jugando unas cartas en la mesa del fondo de la taberna, cuando de nuevo, D. José González, hallado también en el lugar, se acercó a decirle algo:

– Buenas Francisco, quería comentarle que me he quedado impresionado con la habilidad de su hijo para la pintura. No hay mucha gente que nazca con el don de saber pintar y yo no paro de darle vueltas a la cabeza. Voy a proponerle un trato que le será difícil rechazarme. –inició.

– ¿De qué se trata? Dígame usted... –dijo Francisco algo confuso.

– Resulta que tengo un buen amigo, Federico de Madrazo, que trabaja para familias de renombre en Madrid. Ha pintado para la Corona e incluso a mí me hizo un retrato hace pocos meses. El caso es que este hombre tutela a jóvenes con disposición de aprender y que han nacido con el arte del bello trazado. Tiene un estudio en el centro de Madrid y yo, pues, puedo ofrecerle a su hijo la oportunidad de presentárselo y de que aprenda lo que quiera y más. –informó González de manera muy clara.

Francisco quedó en silencio, no porque no tuviera voz sino más bien porque no comprendía del todo aquello que ese hombre le había comunicado.

– Mi hijo Pedro siempre ha querido ser pintor. Desde que era un chiquillo –dijo con los ojos húmedos. – Pero nosotros no tenemos ni un céntimo. Nunca he podido comprarle ni siquiera un pincel. Mucho menos óleos. Le saqué de la escuela de Don Eusebio con 10 años, porque mi mujer se murió y yo no podía tirar solo del molino. Qué más quisiera yo Dios mío. –dijo emitiendo un profundo suspiro.

– Perdóneme Francisco, pero creo que no le he dejado del todo claro que esto que yo le propongo no tiene ningún coste económico. Al revés. El chiquillo podrá aprender y quién sabe si en unos años podrá comer de esto. Si yo fuese usted, si fuera mi hijo, diría que sí y le daría esta oportunidad. –apostilló D. José al tiempo que el público aplaudía por el cante a palo seco con el que el *cantaor* los acababa de deleitar.

Aquella fue la conversación. Todo lo que vino después transcurrió de manera muy rápida. Francisco, hombre analfabeto pero con mucha cultura de la vida, terminó hablando con su hijo, comentándole aquello que D. José González le había propuesto. El joven, que contaba poco más de quince años, se mostró reacio al principio. Alegó a

su padre que él tenía ya cierta edad y que no sería capaz de tirar solo de aquel negocio que les llenaba la boca y el estómago a diario. El padre, a sabiendas de cual iba a ser la primera reacción de su primogénito, justificó que ya lo había pensado todo y que sería el primo Miguel, el hijo de su hermana, quien le sustituiría.

Al día siguiente por la mañana, Pedro ya tenía empacado un bártulo con todas sus pertenencias, que no eran precisamente numerosas: la ropa que tenía, un par de zapatos viejos, y como no, la carpeta con sus dibujos. Se dirigió, acompañado por su padre hasta la casa de los Espinosa de los Monteros, al lado de la torre, conocida como el edificio más alto de toda la campiña y más allá. A medio camino, hizo una parada en la casa de los Fernández de Molina, entregando una nota al portero. En su aspecto exterior solo rezaba: "*Para Lola*".

Quedó grabado en la memoria de Francisco aquella estampa: la de ver partir a su hijo en un gran carruaje tirado por seis caballos y en la compañía de aquellos forasteros, a los que sin ningún tipo de pudor había entregado a lo que más quería.

Bujalance estuvo revuelto una semana entera. Primero fue un rumor, luego un hecho de verdad y finalmente se acabaron inventando mil falacias que adornaban el hecho de que Pedro de la Cruz se había marchado a Madrid.

Cuando Lola Fernández de Molina volvió tras haber pasado casi dos semanas en el hospital de monjas donde estudiaba, se hizo con la nota en sus manos y comenzó a llorar. Ya se había enterado del viaje de Pedro, que seguramente, no tendría regreso nunca más. Temblorosa y con los ojos húmedos se dispuso a leer lo escrito:

*Querida Lola:*

*Todo ha sido tan rápido. Sé que no hemos podido despedirnos pero tampoco estoy seguro de que hubieras querido hacerlo. Gracias por haber formado parte de mi vida todos estos años y por haberme apoyado en momentos de dificultad. No he tenido la suerte de poder decírtelo nunca pero siempre te he querido. Desde niño estuve enamorado de ti. Cuando nos mirábamos sabía que tu alma me pertenecía y que la mía era tuya. Sin embargo tú me dijiste que no era el tiempo ni el lugar apropiado para que lo nuestro tuviese sentido. Yo me di por vencido. Creo que mi marcha y la distancia pondrán fin a este sentimiento. Te deseo que seas feliz por encima de todas las cosas.*

*Con cariño, Pedro.*

Lola no lloró más en todos los días de su vida. Estuvo sumergida en la tristeza durante los meses posteriores. Ella, al igual que Pedro, estaba enamorada. Pero en aquel momento pesó más el deber y la obediencia a sus padres que aquel humano sentimiento llamado amor. A los dos años, se convirtió en enfermera y ocupó una plaza vacante en un hospital de nueva apertura en Bujalance. Nunca pensó en casarse, ni siquiera aceptó a ningún pretendiente. Sintió que su corazón estaba vacío desde el mismo momento en que Pedro se fue a Madrid.

Pasaron 8 años.

En un claustro delimitado por columnas y con un frondoso jardín en el centro se encontraba Pedro. Era el Monasterio de San Juan de los Reyes, en Toledo. Aquella estampa se asemejaba bastante con aquel sueño que tantas veces se había repetido en su conciencia, una noche y otra. Era pintor. Y en aquel momento realizaba un encargo para la Condesa de Medina. Su maestro, D. Federico, había fallecido años antes pero para entonces Pedro ya había adquirido técnica y estilo propios. Se había especializado sobre todo en la pintura al aire libre y mostraba sus cuadros en prestigiosas exposiciones en las que prácticamente los vendía todos. Aquella profesión no le hizo rico pero sí le permitió vivir de manera holgada. Tampoco se había casado ni había cortejado a ninguna mujer. Dedicaba los siete días de la semana a pintar en las horas de luz. Desde su marcha, no había vuelto a su ciudad natal. Sí que había mantenido contacto con su padre mediante cartas. Y también alguna vez le envió algo de dinero. A D. José González Echevarría no volvió a verlo después del largo viaje que juntos compartieron hacia Madrid. Pero a pesar de ello, su corazón y su alma le estarían por siempre agradecidos. Gracias a aquella buena persona, que de manera desinteresada se ofreció a impulsarle como artista, había logrado convertirse en el hombre que siempre había soñado.

En uno de los viajes de regreso a su domicilio habitual en Madrid revisó la correspondencia y encontró una carta a su nombre procedente de Bujalance. Sabía que aquella no era la letra de su primo Miguel, quien escribía las cartas a Francisco, así que se decidió a apaciguar su curiosidad:



*Estimado D. Pedro de la Cruz:*

*Desde el Hospital de San Juan de Dios de la Ciudad de Bujalance queremos hacerle conocedor del mal estado de salud en que se encuentra D. Francisco de la Cruz, su padre. Sentimos mucho tener que decirle que éste se encuentra gravemente enfermo y que su vida podría terminar en cualquier momento.*

*Atentamente,*



*La enfermera responsable.*

De manera inevitable, arrugó aquella nota de papel entre su puño cerrado con fuerza. Aquella noticia le había caído como un jarro de agua fría. No tenía conocimiento de que su padre se encontrase en mal estado de salud pero claro, seguramente se lo habrían ocultado. Con la mirada todavía fija en ninguna parte, se levantó de manera súbita y cogió una maleta de cuero con la que le habían obsequiado por uno de sus trabajos. Añadió a ella unas cuantas camisas y calzones y se marchó. Se dirigió a la casa de los Manrique, una familia muy influyente que tenía el placer de conocer. Habló con D. Andrés Manrique y le pidió transporte con el que llegar a su casa lo antes posible. Y así fue. Ambas partes gozaban de una amistad muy arraigada.

En tres días, llegó a Bujalance y se dirigió directamente a su casa en la calle Tinajeros en busca de alguna explicación que le calmase el malestar que traía desde hacía días. Allí no encontró a nadie. La casa estaba vacía y el molino también. Al salir, vio una de las gorras que a su padre gustaba ponerse para evitar que el sol le calentase la cabeza los días de verano en el mercado. Salió a la calle y se topó con María Pérez, su vecina de toda la vida, con la que se fundió en un abrazo desesperado. Fue ella quien le indicó que su padre se encontraba en un hospital nuevo que habían habilitado poco más abajo de la *Plaza de los naranjos*.

Entró a la sala de enfermos y atisbó a su padre después de casi una década. Le habían salido muchas canas en el poco pelo que ya le quedaba. Había perdido mucho peso y respiraba con dificultad. Se acercó a él con lágrimas rodando por sus mejillas y le abrazó. Francisco también sollozaba. El médico le había diagnosticado algún tipo de enfermedad pulmonar, no precisa, que le hacía toser y expulsar sangre, ahogarse y apenas poder comer. Había empeorado su estado general en cuestión de un par de meses y ahora esperaba a la muerte postrado en aquella cama de hospital.

Pasaron solo dos días y Francisco entró en sus últimos instantes de agonía. Aferrado a las manos de su hijo y tranquilo por haberlo vuelto a ver, expiró. Pedro lloró amargamente sobre el pecho de su padre y lo besó. Se sentía culpable por haberlo abandonado todos esos años a merced de un destino que siempre había soñado. Pero ahora se sentía solo. Y la soledad era el sentimiento que más miedo le daba del mundo.

Una enfermera llegó y lo apartó suavemente del cadáver. Había que prepararlo para el funeral. Salió por la puerta principal, que daba a un patio arqueado y lleno de flores, en donde muchos enfermos volvían a dar sus primeros pasos o inspiraban aire limpio con el que intentar recuperarse. En el centro había un pozo. Y entonces la vio.

Portaba una especie de maletín y vestía completamente de blanco. Le pareció un ángel. Era ella. Se había convertido en una mujer. Alta, guapa y elegante. Como siempre había sido de niña. Sus ojos se encontraron y volvieron a brillar. Tenían lenguaje propio. Renació la complicidad que siempre había habitado entre los dos como el agua fresca que brota de un manantial. No se precisaron palabras. Se acercaron, Pedro tocó su mano y se fundieron en un abrazo eterno que duraría para siempre. Era Lola.

En aquel preciso instante comprendieron que cuando el destino se fija y une a dos personas y ambas se enamoran con el alma, esa unión, ese sentimiento y arraigo, esa fuerza invisible, puede aparecer cuando menos se espera pero volver a hacerse presente cuando más se necesita porque al fin y al cabo no muere jamás.

Fin